



ACTO SEGUNDO

La misma estancia. La misma hora. Aparece por la ventanas un cielo nublado y mudable.

ESCENA PRIMERA

COSME DALBO sentado junto a la mesa, sobre la cual apoya el codo, con la mejilla reclinada en la palma de la mano, grave y pensativo. LUCIO SETTALA, en pie, inquieto y descompuesto, paseándose inciertamente por la estancia, cediendo a la angustia que le oprime.

LUCIO Sí, quiero decírtelo... ¿Por qué ocultarte la verdad? He recibido una carta; la he abierto, la he leído.

COSME ¿De la Gioconda?

LUCIO De ella.

COSME ¿De amor?

LUCIO Me abrasaba los dedos...

COSME ¿Y bien? (Vacila. La emoción le altera la voz.) ¿Tú la amas aún?

LUCIO (Con un sobresalto de pavor.) No, no, no...

COSME (Mirándole en el fondo de los ojos.) ¿No la amas ya?

LUCIO (Suplicante.) ¡Oh, no me tortures! Sufro.

COSME ¿Mas qué cosa entonces te turba? (Una pausa.)

LUCIO Todos los días, a la hora que yo sé, ella me espera allá, sola, al pie de la estatua. (Otra pausa. Parece que los dos contemplan frente a

ellos alguna cosa viviente y poderosa, una voluntad, evocada por aquellas breves palabras.)

COSME ¡Ella te espera! ¿Dónde? ¡En tu estudio! ¿Y cómo puede entrar?

LUCIO Conserva la llave de que antes se servía.

COSME ¡Te espera! Cree y quiere que tú le pertenezcas aún.

LUCIO Tú lo has dicho.

COSME ¿Y qué harás?

LUCIO ¿Qué haré? (Una pausa.)

COSME Vibras como una llama.

LUCIO Sufro.

COSME Ardes.

LUCIO (Con vehemencia.) No.

COSME Escucha. Ella es terrible. No se lucha contra su poder sino desde lejos. Por eso yo quería llevarte conmigo, más allá del mar. Tú al mar preferiste la muerte. Otra (¡tú sabes quién, y el corazón por eso te se parte!), otra te ha arrancado a la muerte. Y tú no puedes vivir ahora sino para ésta.

LUCIO Es verdad.

COSME Precisas partir, huir.

LUCIO ¿Para siempre?

COSME Por algún tiempo.

LUCIO ¡Ella me esperará!

COSME Tú serás más fuerte.

LUCIO Y su poder irá creciendo. Y ella habrá impregnado más profundamente el lugar que me es tan querido, porque en él concluí mi obra. Yo la veré, desde lejos, custodiando la estatua por cuyo mármol pasó el más vivo relámpago de mi vida.

COSME ¡Tú la amas!

LUCIO (Desesperado.) No, no la amo. Mas piensa: ella será siempre la más fuerte; sabe aquello que me vence y aquello que me liga; se ha armado de una fascinación a la cual yo no podré sustraer el alma sino arrancándola de mi corazón. ¿Debo yo intentar otra vez?...

- COSME ; Tú deliras !
LUCIO El lugar donde he soñado, donde he trabajado, donde he llorado de alegría, donde he llamado la gloria y he visto la muerte, es su conquista. Ella sabe que no podré renunciar ni alejarme mucho tiempo de donde he difundido la parte más preciosa de mi substancia, y me espera, segura.
- COSME ¿Mas ejercita algún derecho inviolable? ¿Nadie podrá impedirle que pase aquellos umbrales?
- LUCIO (Con profunda emoción.) ¿Mandarla arrojar?
COSME No; mas se puede encontrar un medio menos duro y más sencillo: reclamarle la llave que ya no tiene derecho a conservar.
- LUCIO ¿Y quién se la reclama?
COSME Alguno de nosotros, yo mismo, respetuosamente, en nombre de la necesidad.
- LUCIO Ella se negará, considerándote como un extraño.
- COSME Tú mismo, entonces.
LUCIO ¿Yo? ¿Presentarme ante ella?
COSME No; lecribes. (Una pausa.)
LUCIO (Con acento de absoluta imposibilidad.) No puedo. Y todo, además, será inútil.
- COSME Mas hay otro medio: abandonar aquella casa, desocuparla, y trasladarlo todo a otra parte. Así te evitarías también la tristeza intolerable del recuerdo. Este cambio es necesario, ahora que tu vida se renueva, para que la compañera que has recuperado pueda asistir a tu labor. ¿Sufrirías tú que ella se sentase donde la otra se tendía? ¿Que tuviese de continuo ante los ojos la visión de aquella horrible tarde?
- LUCIO Bien, sí, tienes razón. Nos trasladaremos a otra parte, alquilaremos un bello lugar solitario, aventaremos el polvo de las viejas cosas, abriremos todas las ventanas,

- haremos entrar el aire puro, tendremos un cúmulo de greda, un bloque de mármol, y alzaremos un monumento a la Libertad. (Se interrumpe. Su voz se vuelve singularmente calmosa.) Una mañana la Gioconda llamará a la nueva puerta; la abriré; ella entrará, y yo, sin maravillarme, le diré: Bienvenida. (No puede contener por más tiempo su amargura.) ¡Ah, pareces un chiquillo! Todo para ti se reduce a una llave. Llamando a un cerrajero y haciendo cambiar la cerradura, estaba salvado.
- COSME (Con dulzura y tristeza.) No te enojés. Al principio creí que se trataba solamente de librarte de una importuna. Ahora reconozco que mi consejo era pueril.
- LUCIO (Implorante.) ¡Cosme, amigo mío, comprende!
- COSME Comprendo; mas tú lo niegas.
LUCIO (Dejándose de nuevo arrebatar.) No niego, no niego. ¿Quieres que te grite que la amo? (Se detiene, mirando en torno suyo espantado. Se pasa una mano por la frente en un gesto de sufrimiento. Bajando la voz.) Necesitaba dejarme morir. Piensa: si yo, que estaba ebrio de vida, si yo, que estaba frenético de fuerza y de orgullo, quise morir, reconocería una necesidad ineludible. No pudiendo vivir ni con ella ni sin ella, resolví partir del mundo. Piensa. ¡Yo que consideraba el mundo como mi jardín, y que tenía delante de mi avidez todas las bellezas! Obedecía a una necesidad ineludible, a un hecho de hierro. Necesitaba dejarme morir.
- COSME Tú desconoces cruelmente, ahora, la santidad de un milagro.
- LUCIO No soy cruel. Por horror a la crueldad, hacia la cual me empujaba la violencia del mal, por no hollar una virtud que me parecía más que humana, por no poder sostener la dulzura de una pequeña voz igno-

rante que me interrogaba, por impedirme a mí mismo la maldad, ¿comprendes?, por eso tomé aquella resolución. Y por horror de volver a empezar, me quejo, porque hoy soy como un desesperado que habiendo tomado un narcótico, despierta después de un sueño profundo, y encuentra a su cabecera la misma desesperación.

COSME ¡La misma! ¡Y aun suenan en mis oídos tus primeras palabras! «No sé nada; no recuerdo, no quiero recordar más...» Parecías desmemoriado de todo, encauzado hacia otro bien. Aun resuena en mis oídos el sonido de tu voz cuando llamaste a la madre de tu Beata, levantándote de pronto, impaciente, como presa de un ardor que no podías dominar. Veo aun tu mirada sobre ella, cuando entró palpitante como una esperanza. Y, con certeza, aquella tarde tú te arrodillaste, y ella debió llorar, y ambos debisteis de sentir la bondad de la vida.

LUCIO Sí, sí, así fué, ¡la adoración!, toda mi alma se postró a sus pies, reconociendo cuanto de divino hay en ella, con una embriaguez de humildad, con un fervor de reconocimiento indecibles. Fué un desbordamiento. ¡Tú habías hablado del éxtasis de la luz! Yo lo encontré en aquellos momentos. Toda mancha parecía cancelada, toda sombra destruída. La vida tuvo un nuevo esplendor. Yo me creí salvado para siempre... (Se interrumpe.)

COSME ¿Mas después?

LUCIO Después reconocí que quedaba otra cosa que abolir en mí: esta fuerza para reproducir que afluye incesantemente a mis dedos...

COSME ¿Qué entiendes?

LUCIO Entiendo que estaría salvado si hubiera olvidado también a mi arte. En ciertos

días, allá en mi lecho, mirándome las manos debilitadas, me parecía imposible que pudiesen aún crear; me parecía que habían perdido toda su virtud. Me sentía enteramente extraño a aquel mundo de formas en el que había vivido «antes de morir». Pensaba: «Lucio Settala, el escultor, ha desaparecido.» E imaginábame hacerme jardinero de un pequeño jardín.

(Se sienta, como aplacado, entornando los párpados, con un aire de cansancio, con una sonrisa de ironía apenas visible.) Podaría los rosales, los librería de larvas, igualaría los macizos con las tijeras, guiaría la hiedra sobre los muros, en un pequeño jardín inclinado hacia el río del olvido, y jamás me lamentaría de haber dejado en la otra ribera un glorioso parque poblado de laureles, de cipreses, de mirtos, de mármoles, y de sueños... ¡Tú me ves allá, feliz, con las tijeras lucientes, vestido sencillamente?

COSME No te veo.

LUCIO Paciencia, amigo mío.

COSME Mas ¿quién te veda el gran parque? No tienes más que volver a entrar por la avenida de cipreses, seguro que al final has de encontrar tu genio tutelar.

LUCIO (Levantándose de repente, como uno que pierde de continuo el dominio de sí). ¡Tutelar! ¡Ah!, me parece que tú ligas una palabra con la otra, como se hace con los vendajes sobre las heridas, por miedo de sentir pulsar la vida. ¿Jamás tú has oprimido con el dedo una arteria puesta al desnudo sobre un tendón lacerado?

COSME Lucio, tú te irritas a cada momento. Hay en ti algo acre y convulso, una especie de exasperación que te impide ser justo. No has salido aún de la convalecencia, no estás sano todavía. Un choque imprevisto ha venido a turbar la dulce obra que la Naturaleza cumplía en ti. Tus fuerzas

que renacían se han irritado. Si mi consejo valiese, te irías a la Boca del Arno, como habías convenido. Allá, entre el bosque y el mar, encontrarás la calma suficiente para considerar cuál debe ser tu actitud; y volverás a hallar también la bondad, que te dará luz...

LUCIO ¡La bondad! ¡La bondad! ¿Crees que la luz debe venir de la bondad, y no de aquel instinto profundo que envuelve y precipita mi espíritu hacia las más soberbias apariciones de la vida? Yo he nacido para hacer estatuas. Cuando una forma substancial ha salido de mis manos con la impresión de la belleza, he cumplido el oficio que me señaló la Naturaleza. Yo sigo mi ley, aunque esté más allá del Bien. ¿No es esto verdad? ¿Me lo concedes?

COSME
LUCIO

(Bajando la voz.) Un juego de la ilusión me ha unido a una criatura que para mí no estaba destinada. Es un alma de un precio inestimable, delante de la cual me postro y adoro. Mas yo no esculpo jamás almas. Su destino no era el mío. Cuando se me aparece la otra, pienso en todos los bloques de mármol contenidos en las cavidades de las montañas lejanas, para reproducir en cada uno alguno de sus gestos.

COSME

Mas tú ya has obedecido el mandato de la Naturaleza, generando tu obra maestra. Cuando vi tu estatua, pensé que ella fuese tu liberación. Has perpetuado, en tipo ideal e incorruptible, un ejemplar caduco de la especie. ¿No estás aún pagado?

LUCIO

(Encendiéndose.) ¡Miles de estatuas, no una! Ella es siempre diversa, como una nube que se muda de momento en momento sin que la veas mudar. Cada movimiento de su cuerpo destruye una armonía para

crear otra más bella aún. Le ruegas que se recline, que permanezca inmóvil, y a través de toda su inmovilidad, pasa un torrente de fuerzas obscuras como los pensamientos pasan por los ojos. ¿Comprendes? ¿Comprendes? La vida de los ojos es la mirada; esta cosa indecible, más expresiva que todas las palabras, que todo sonido, infinitamente profunda y al par instantánea, como el relámpago, innumerable, omnipotente... Ahora imagina, difusa sobre todo su cuerpo, la vida de la mirada. ¿Comprendes? Un movimiento de párpados transfigura un rostro humano y te expresa una inmensidad de alegría o de dolor. Las pestañas de la criatura que amas, se bajan: la sombra te cerca como un río a una isla; se levantan: el incendio del estío abrasa al mundo. ¡Un estremecimiento aún!... Tu alma se disuelve como una gota. ¡Otro más! y te crees ser el rey del universo. ¡Imagina este misterio sobre todo su cuerpo! ¡Imagina por todos sus miembros, desde la frente a los talones, este aparecer de vidas luminosas! ¿Podrías tú esculpir la mirada? Los antiguos cegaron sus estatuas. ¡Ahora—imagínate—todo el cuerpo de ella es como una mirada! (Una pausa. Mira en torno, receloso, temiendo ser oído. Se acerca más al amigo, que le escucha con una emoción cada vez más visible.) Te lo he dicho: miles de estatuas, no una. Su belleza vive en todos los mármoles. Esto sentí, con una ansiedad hecha de disgusto y de fervor, un día en Carrara, mientras contemplábamos juntos descender de la montaña aquellos grandes bueyes uncidos conduciendo las cargas de mármoles. Un nuevo aspecto de su perfección encarnaba para mí en cada una de aquellas masas informes. Me pareció que partían desde ella hacia el mi-

neral miles de chispas animadoras como de una tea encendida. Debíamos escoger un bloque. Recuerdo: era un mediodía sereno. Los mármoles expuestos resplandecían al sol como las nieves eternas. Oíamos de cuando en cuando el estampido de las minas que desgarraban las vísceras de la montaña taciturna. No olvidaré aquella hora aun cuando muriese otra vez... Ella se metió entre aquella adoración de cubos blancos, deteniéndose a veces delante de algunos. Se inclinaba, observaba atentamente el grano, parecía explorar las venas interiores, vacilaba, sonreía y pasaba a otros. Para mis ojos, su vestido no la cubría. Una especie de afinidad divina existía entre su carne y el mármol que, al inclinarse, desfloraba con su aliento. Una aspiración confusa parecía salir hacia ella desde aquella blancura inerte. El viento, el sol, la grandiosidad de los montes, las largas filas de bueyes uncidos, y la curva antigua de los yugos, y el estridor de los carros, y la niebla que salía del Tirreno, y el vuelo altísimo de un águila, todas las apariencias exaltaron mi espíritu en una poesía sin confines, embriagándolo en un sueño único y supremo de mi vida... ¡Ah, Cosme, Cosme, yo he osado atentar contra una vida sobre la cual reluce la gloria de tal recuerdo! Cuando ella tendió la mano sobre el mármol que había escogido, y volviéndose a mí, me dijo: «Este», todo el Alpe, desde las raíces hasta las cimas, aspiró a la belleza. (Un fervor extraordinario abrasa su voz y aviva sus gestos. Cosme, que la escucha sentado, deja exteriorizar su emoción.) ¡Ahora tú comprendes! Tú sabrás qué furiosa debe ser mi impaciencia, pensando que en este momento ella está allá, sola, al pie de mi Sfinge, esperándome. Piensa; su estatua se alza

sobre ella, inmóvil, inmutable, inmune de toda miseria, y ella la contempla afanada, y su vida fluye, y alguna cosa suya parece de continuo en el tiempo. La tardanza es la muerte... ¡Mas tú no sabes, tú no sabes!... (Tiene el acento de quien confía un secreto.)

COSME

¿Qué cosa?

LUCIO

Tú no sabes que yo tenía ya comenzada otra estatua...

COSME

¿Otra?

LUCIO

¡Sí; quedó interrumpida, bocetada en la greda. Si la greda se deseca, todo se pierde.

COSME

¿Y bien?

LUCIO

La creía perdida. (Una sonrisa irresistible le brilla en los ojos. Su voz tiembla.) ¡No se ha perdido! ¡Vive! ¡El último toque del pulgar está aún allí, fresco! (Hace el acto de plasmar, instintivamente.)

COSME

¿Y cómo?

LUCIO

Gioconda no ignora las cosas del Arte y sabe la manera cómo se conserva blanda la greda. Me ayudaba en otros tiempos. Ella misma bañaba las telas...

COSME

¡Y ella pensaba en tener húmeda la greda, mientras tú morías!

LUCIO

¿No era también aquello un modo de contrarrestar la muerte? ¿No era también un acto de fe admirable? Ella conservaba mi obra...

COSME

Mientras la otra conservaba tu vida.

LUCIO

(Obscureciéndose, con la frente baja, sin atreverse a mirar a su amigo, y la voz casi dura.) ¿Cuál de las dos cosas tiene mayor precio? La vida me es intolerable, así dividida entre estos dos afectos. Te lo he dicho: precisaba dejarme morir. ¿Qué renuncia pudo igualar a aquella que yo había hecho? Solamente la muerte podía arrastrar el impetu del deseo que conduce mi ser hacia el bien. Ahora yo revivo: reconozco en mí al hom-

bre, a la misma fuerza. ¿Quién me juzgará si prosigo mi destino?

COSME (Espantado, cogiéndole de los brazos, como para sujetarlo.) Mas ¿qué vas a hacer? ¿Qué has resuelto? (Impresionado por el dolor súbito que revela la voz del amigo. Lucio Settala se detiene vacilante.)

LUCIO (Metiéndose en los cabellos las manos febriles.) ¿Qué haré? ¿Qué haré? ¿Conoces tú una tortura más cruel? Es el vértigo. ¿Comprendes? Cuando pienso que está allá y me espera, y las horas pasan, y mis fuerzas se pierden, y mi ardor se consume, el vértigo se aferra al alma, y tengo miedo de ser arrastrado, otra vez, esta tarde, mañana, cualquier día. ¿Sabes tú lo que es el vértigo? ¡Oh, si pudiera abrirme de nuevo la herida!

COSME (Intentando llevarlo cerca de la ventana.) ¡Cálmate, cálmate, Lucio! ¡Calla!... Me ha parecido oír la voz...

LUCIO ¿De Silvia? (Se cubre de una palidez mortal.)

COSME Sí. ¡Cálmate! ¡Tienes fiebre! (Le toca la frente. Lucio se apoya en el alfeizar, casi sin fuerzas, desfalleciendo.)

ESCENA II

Entra SILVIA SETTALA con FRANCISCA DONI. Esta viene con un brazo la cintura de la hermana.

SILVIA ¡Oh Dalbo! ¿Estáis aún aquí? (No ve el rostro de Lucio, que está vuelto hacia el jardín.)

COSME (Haciéndose dueño de sí y saludando a Francisca.) Lucio me ha entretenido...

SILVIA ¿Teniais muchas cosas que deciros?

COSME Tiene siempre muchas cosas que decirme, acaso demasiado, y luego se cansa.

SILVIA ¿Os ha dicho que el sábado nos marchamos a la Boca del Arno?

COSME Sí, lo sé.

FRANCIS. ¿No habéis estado nunca en la Boca del Arno?

COSME No, jamás. Conozco la campiña pisana. San Rossore, el Gombo, San Pedro, mas no me he asomado nunca a la desemboadura. Sé que la playa es bellísima. (Silvia mira fijamente a su marido, que permanece abandonado sobre el alfeizar, inmóvil.)

FRANCIS. Deliciosa en esta estación; una playa abierta, baja, de arena fina; el mar, el río, el bosque; el olor de las algas, el olor de la resina, las gaviotas, los ruiseñores... Debía visitar muchas veces a Lucio mientras esté allá.

COSME Cierto.

SILVIA Le daremos hospitalidad. (Se separa de la hermana y va junto al marido con su paso ligero.)

FRANCIS. Nuestra madre tiene allá una casa modesta, pero grande; una casa blanca por dentro y por fuera, en una mancha de tamarindos y de laureles, y hay un viejo clavicordio del imperio que perteneció—; imagínese a quién!—a una hermana de Napoleón, a la duquesa de Lucca, a aquella terrible y huesuda Elisa Raciocchi; un clavicordio que alguna vez se despierta y llora bajo los dedos de Silvia; y además una barca, si el recuerdo napoleónico no os seduce, una bella barca, blanca como la casa. (Silvia se aproxima silenciosamente a la espalda de Lucio y queda como suspensa. Él permanece absorto.)

COSME Vivir en una barca sobre el agua, a la ventura. No hay nada que tranquilice más. Durante semanas enteras yo he vivido así.

FRANCIS. Es necesario meter al convaleciente en la barca y confiarlo al mar.

SILVIA (Tocando con un gesto levisimo en la espalda del marido.) ¡Lucio! (El se estremece y se vuelve.) ¿Qué haces? Estamos aquí. Es Francisca. (Él

mira el rostro de su mujer, titubeante. Después intenta sonreír.)

LUCIO Está para caer un chubasco de agua. Esperaba las primeras gotas : el olor de la tierra... (Se inclina hacia la ventana y tiende en el aire la mano abierta, que le tiembla visiblemente.)

FRANCIS. Abril, o llora o ríe.

LUCIO ¡ Oh Francisca ! ¿ Cómo estás ?

FRANCIS. Bien ; ¿ y tú , Lucio ?

LUCIO ¡ Bien ! ¡ Bien !

FRANCIS. ¿ Os vais por fin el sábado ?

LUCIO (Mirando a su mujer, trascordado.) ¿ Adónde ?

FRANCIS. ¡ Cómo ! A la Boca del Arno.

LUCIO ¡ Ah , sí ! Es verdad... Tengo la cabeza trastornada.

SILVIA ¿ No te sientes bien , hoy ?

LUCIO Sí , sí , me siento bien , demasiado bien. Es el tiempo que me desespera. (En el acento con que pronuncia estas sencillas palabras pone un exceso de disimulación que le hacen extraño a ellas, como si lo dijese un hombre loco. Parece que no puede tolerar la atención con que le observan los tres.) ¿ Te vas , Cosme ?

COSME Sí ; me voy. Es hora. (Se dispone a salir.)

LUCIO Te acompañaré hasta la cancela. (Se va solícito hacia la puerta.)

SILVIA ¿ Así , con la cabeza descubierta ?

LUCIO Sí ; tengo calor. ¿ No sientes qué aire más cálido ? (Se apoya sobre el umbral esperando al amigo. Una aguda pena invade de improviso los corazones, enmudeciendo los labios.)

COSME Hasta la vista. (Saluda turbado ; sale con Lucio. Silvia inclina la cabeza, con las pestañas contraídas, como quien hace consideraciones para tomar una resolución. Después, parece que una onda súbita de energía la vigoriza.)

FRANCIS. ¿ Ha venido Gaddi ?

SILVIA Aun no. Hoy no vino.

FRANCIS. Entonces no sabes...

SILVIA ¿ Qué cosa ?

FRANCIS. Lo que él ha hecho...

SILVIA No.

FRANCIS. Ha ido a ver a la Dianti.

SILVIA (Con emoción contenida.) ¡ A ella ! ¿ Cuándo ?

FRANCIS. Ayer.

SILVIA ¿ Y tú lo has visto ?

FRANCIS. Sí , me lo he encontrado. Me ha dicho...

SILVIA ¡ Habla pronto !

FRANCIS. Fué ayer tarde , cerca de las tres. Se hizo anunciar. Se le recibió inmediatamente. Ella tenía el aire sonriente ; se inclinó , no dijo una palabra , y así , inmóvil , de pie , esperó que el viejo hablase , oyéndole con respeto , tranquila. ¡ Tú te imaginas lo que él le diría , intentando persuadirla a restituir la llave , a olvidar toda tentativa , a no volver a turbar más una paz recuperada a costa de tanta sangre y de tanto dolor ! Ella no le contestó , al fin , sino esto : « ¿ Es Lucio Settala quien os manda ? » A la respuesta negativa , agregó en un tono firmísimo : « Perdonarme , yo sólo reconozco en él el derecho de pedirme lo que vos me pedís. »

SILVIA (Palideciendo e irguiéndose como para afrontar la lucha.) ¡ Ah ! ¿ Es su última palabra ? Bien , hay otra persona que tiene un derecho igual y lo sabrá hacer valer. Veremos.

FRANCIS. ¿ Qué piensas hacer , Silvia ?

SILVIA Lo que sea necesario.

FRANCIS. ¿ Qué , pues ?

SILVIA Verla , ponerme frente a frente en el mismo lugar donde ella es una intrusa. ¿ Entiendes ?

FRANCIS. ¿ Quieres ir ?

SILVIA ¡ Sí , quiero ir allí ! Sé su hora. Tú también la sabes. La esperaré. Ella vendrá , y por fin nos miraremos frente a frente , en el rostro !

FRANCIS. ¡ Tú no harás eso !

SILVIA ¿ Cómo no ? ¿ Crees que me falta coraje ?

FRANCIS. ¡ Te lo suplico , Silvia !

SILVIA Ten por seguro que no bajaré los ojos , ni dejaré de conservar mi puesto. ¡ Tú

debias conocerme ya por más de una prueba!

FRANCIS. Lo sé, lo sé. Nada te vence. Mas piensa que has de encontrarte allí, después de tanto, en el mismo lugar donde ocurrió la horrible cosa; allí, sola, frente a aquella mujer que te ha hecho tanto mal.

SILVIA. Y bien, ¿qué importa? ¿He dejado una sola vez—; una vez sola, Francisca!—de cumplir aquello que me ha parecido necesario? Dí, ¿me has visto rechazar algún peso? ¿A qué torturas me ha substraído? Otras penas he mirado cara a cara, y tú lo sabes. Temes que me falte el corazón al poner los pies donde él cayó... Mas yo tuve el valor de verle, entonces, por la hendidura de la puerta, tendido en su lecho de muerte, y antes que me fuera permitido acercarme a su cabecera pasaron por mis manos los instrumentos del cirujano y las vendas manchadas de sangre.

FRANCIS. Sí, sí, es verdad. Tu fuerza es grande. Mas piensa: no es la misma cosa... No es la misma cosa encontrarse allá, de improviso, frente a una mujer que no conoces, capaz de todo, como ésa, obstinada, imprudente...

SILVIA. No temo nada de ella. Lo que hace es una bajeza. Creyéndome sumisa y débil, se muestra tan audaz; porque durante tanto tiempo he permanecido en silencio y retirada, piensa poder suplantarme otra vez. Mas se engaña. Entonces mi bien estaba perdido, toda defensa era inútil. Ahora lo he recuperado y lo defiendo.

FRANCIS. ¡Dios mío! Te vas a meter en una lucha cuerpo a cuerpo. ¿Y si ella se resiste?

SILVIA. ¿Resiste, cómo? El derecho es mío. Sabré arrojarla.

FRANCIS. ¡Silvia, Silvia, hermana mía, yo te lo suplico! ¡Retrasa eso algunos días, refle-

xiónalo un poco antes de hacerlo! ¡No te precipites!

SILVIA. ¡Ah, tú hablas bien, tú que eres feliz, tú que estás segura, tú que llevas una vida serena y ninguna amenaza pende sobre tu paz. ¡Retrásalo, reflexiónalo! Mas ¿sabes tú a qué extremo he llegado yo hoy? ¿Sabes en defensa de quién me bato? Por mi cabeza y por la de Beata, por la existencia, por la luz de los ojos. ¿Entiendes? No se vuelve a recomenzar un suplicio en el cual ya todos los nervios fueron lacrados y experimentados todos los pesares. ¡He dado al dolor todo cuanto podía darle; he sentido el hierro duro sobre mi nuca y en torno de mis pulsos; al fin de una jornada, mi sueño era pensar en el horror de la jornada siguiente, en la cual necesitaba, para vivir y por vivir, seguir exprimiendo más aún el corazón que parecía exhausto. ¡Tú hablas bien! Cuando sonríes en tu casa, tu sonrisa vuelve a ti en millares de rayos, como si vivieses en el cristal. Para mí la sonrisa era una pena más; bajo ella los dientes se apretaban; pero Beata no me ha visto una sola lágrima. Para mantener la promesa que hice en su nombre, cuando no había fibra en mí que no se retorciere, mis manos para él siempre tenían algunas flores... No sabría ya recomenzar. Intentaría un disparate, a mi vez; me iría a una playa remota y desierta, y abrazada a Beata nos dormiríamos para que el mar nos llevase.

FRANCIS. (Echándole los brazos al cuello y besándola en el rostro.) ¿Qué dices? ¿Qué dices? Tú no debes temer ya nada. ¿No te ama? ¿No has recuperado todo su amor? Eso únicamente vale, el resto nada. (Silvia cierra los ojos por algunos instantes, y la ilusión le ilumina el rostro.)

SILVIA. Sí, sí, he recuperado su amor... Recuer-

da... ¿Cómo podré dudar de aquella voz? Cuando no estoy a su lado, me llama, me busca, necesita de mí, parece que yo debo guiar sus pasos... (Se detiene; se coge a los brazos de la hermana y vuelve a ser presa de la ansiedad.) Mas hoy... ¿Lo has visto? ¿Lo has mirado?... Hoy ya no es como ayer; es distinto... Una mudanza súbita. ¿Lo has mirado cuando estaba en la ventana, inclinado sobre el alfeizar? ¿Has oído el sonido de sus palabras? ¿Has visto cómo le temblaba el brazo cuando lo extendió fuera? Dime que también has sentido que algo le ocurre, que alguna cosa le descompone.

FRANCIS. Es la convalecencia. Cualquier cosa puede turbarle: el aire, el tiempo, nada...

SILVIA No, no es eso. ¿No has visto? También Cosme Dalbo parecía esforzarse para esconder una sombra... Mis ojos no fallan...

FRANCIS. No, no. Ha hablado conmigo.

SILVIA (Cada vez más agitada.) Más Lucio ha bajado a acompañarle y no ha regresado aún. Y hasta ha pasado más allá de la cancela. (Va a la ventana y espía entre las cortinas.) Aun está habla que habla, allá, en la cancela... Parece fuera de sí... (Alza los ojos al nublado.) Ahora viene ya el chubasco... (Espía de nuevo, intensísima.)

FRANCIS. ¡Llámalo!

SILVIA (Volviéndose, dominada por un pensamiento terrible.)

¡Es cierto, es cierto!

FRANCIS. ¿Qué pasa?

SILVIA (Parándose, pronunciando las palabras nitidamente, resuelta, mas palidísima.) Lucio sabe que ella le espera.

FRANCIS. ¿Lo sabe? ¿Cómo?

SILVIA No me cabe duda, no me cabe duda.

FRANCIS. ¡Te lo imaginas!

SILVIA Lo siento; estoy cierta.

FRANCIS. Mas, ¿cómo?

SILVIA Necesitaba, pues, que esto ocurriese.

¿Cómo? Con una carta... El ha recibido una carta.

FRANCIS. ¡Y tú no vigilas!

SILVIA (Con un gesto desdenoso.) ¿También esto?

FRANCIS. Mas pudieras engañarte.

SILVIA No me engaño. Después de la visita del viejo, ella le ha escrito. Necesito ir allí. No debo detenerme ni un día, ni una hora. Comprendes el peligro. Aunque haya tornado a mí con toda el alma, aun cuando se haya separado de ella enteramente, aun cuando haya vuelto a otra vida, a otro bien, ¿tú no crees que debe ser poderosa la fascinación de una mujer que le dice, obstinada y segura: «Estoy aquí; espero»? Saber que ella está allá, que ni un día falta a la cita, que nada puede alejarla... ¿Comprendes el peligro? Si Lucio ha sabido esta mañana que le espera, necesito que él sepa esta tarde, por mi misma boca, que ya no le espera más. (Una energía indomable esfuerzo y eleva toda su figura.) Esto sabrá esta tarde. Te lo prometo. (Tiende las manos hacia la ventana con el gesto de quien jura.) ¿Quieres acompañarme?

FRANCIS. (Espantada y suplicante.) ¡Silvia, Silvia, reflexiona aun un minuto! ¡Piensa lo que vas a hacer!

SILVIA No te pido ayuda. Te suplico que me acompañes solamente hasta la puerta. Para el resto, me basto yo sola. Es necesario, además, que yo permanezca sola. ¿Quieres? ¿Qué hora es? (Se vuelve para mirar la hora, aproximándose a la mesa.)

FRANCIS. ¡Te suplico! ¡Escúchame, Silvia! El corazón me dice que no puede reportarte ningún bien lo que quieres hacer. ¡Escucha a tu hermana! ¡Te lo suplico!

SILVIA (Con un gesto de impaciencia.) ¿Mas no has comprendido aún que yo no juego en este momento? ¡Déjame! Voy sola. (Se inclina sobre la mesa, mirando el reloj.) Son las cuatro. Ya

- no hay un momento que perder. (La lluvia se siente súbitamente sobre los árboles del jardín.)
- FRANCIS. ¿No sientes qué aguacero? No salgas. Espera a mañana. ¡Ven, escucha! (Intenta sujetarla.) Espera al menos que escampe.
- SILVIA No hay un minuto que perder. Es necesario que yo esté allí antes que ella; que me encuentre allá como en mi propia casa. ¿Entiendes? Déjame... Pronto, el sombrero, la capa, los guantes... ¡Juana! (Pasa a la estancia contigua llamando a la criada. Francisca Doni, apenada, va hacia la ventana donde cae la lluvia.)
- FRANCIS. ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Mira al jardín; llama.) ¡Lucio! ¡Lucio! (Se vuelve hacia la puerta por donde desapareció la hermana.)
- SILVIA (Reapareciendo, jadeante.) Ya estoy pronta. He dejado a Beata llorando. Quería salir conmigo. Tú quédate, te lo ruego. Ve a consolarla. Yo salgo sola. Me llevo tu sombrilla. Hasta la vista. (Va a besar a la hermana.)
- FRANCIS. ¿Tú vas, a pesar de todo? ¿Estás resuelta?
- SILVIA Voy.
- FRANCIS. Te acompaño.
- SILVIA Pues vamos. (Involuntariamente se para y vuelve los ojos en torno, como para abrazar en una sola mirada todas las cosas predilectas. Las cortinas palpitan; la lluvia cae. Aspira la fragancia húmeda que entra por las ventanas. Sólo por un instante el arco tendido de su voluntad se afloja.) El olor de la tierra... (Va a salir, y aparece de pronto, en el umbral, Lucio, febriciente, la cabeza descubierta y los cabellos y la ropa mojados por la lluvia. Se miran. Un instante de silencio gravísimo.)
- LUCIO (Con la voz rota.) ¿Sales?
- SILVIA Sí; salgo.
- LUCIO ¡Estás muy pálida! (Silvia se pasa una mano por el rostro.) ¿Dónde vas? ¡Se ha abierto el cielo! (Se toca los cabellos mojados.)
- SILVIA Tengo precisión de salir. No tardaré mu-

cho en regresar. Beata está allá, llorando, porque quería acompañarme. Ve a consolarla; dile que le traeré también una cosa bella. (Lucio, en un acto repentino, la coge por las manos y la mira fijamente en los ojos.) ¿Qué hay, Lucio? (El, baja los párpados. Ella, libres las manos, lo estrecha fuertemente, como en un saludo. El temple de su voluntad campea en su voz vívida.) Hasta la vista. Vamos, Francisca. Es la hora. (Sale rápidamente, seguida de su hermana. Lucio Settala permanece con la cabeza inclinada, vacilante, bajo el pensamiento que le agobia.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Una estancia alta y espaciosa, iluminada por una lumbre, cubierta de tapicería disimulada. En la pared del fondo hay una abertura rectangular, un poco más larga que una puerta, que conduce al antiguo estudio del escultor. Sobre el arquitrabe hay algunos fragmentos del friso de Fidias en los Panatenaïques. Sobre dos pedestales se alzan dos figuras aladas "vestidas de viento": la Nike, de Samotracia, y aquella otra que fué esculpida para el templo dórico de Olimpia, consagrado a Zeus; ocupa el hueco una cortina roja. En la pared derecha, una puerta oculta por una colgadura pesada y rica; en la de la izquierda, una salida disimulada por la tapicería. Amplísimos divanes, cubiertos de encajes y de cojines, rodean la estancia. Las figuras están dispuestas con arte, para secundar la meditación del sueño; un manojó de espigas en un vaso de madera se alza delante del bajorrelieve cleusino de Demeter: un pequeño Pegaso de bronce, sobre un tallo de verde antiguo, junto a la Medusa Ludovisia. El sentimiento del lugar es diverso de aquel otro que inspira la estancia de la otra casa a la vista de la colina mística. La selección y las analogías de todas las formas revelan aquí la aspiración a una vida carnal, victoriosa y creadora. Las dos Mensajeras divinas parecen agitar y ampliar incesantemente el aire cerrado con la fuga de su vuelo inmenso.

ESCENA PRIMERA

SILVIA SETTALA, en medio de la estancia, de pie, después de dejar el sombrero, la capa y los guantes. Parece que intenta reconocer las cosas, familiarizarse con ellas, establecer una comunión con su espíritu

para no sentirse extraña en aquel lugar. Domina su angustia ante los ojos de la hermana. FRANCISCA DONI se ha sentado, porque las rodillas le tiemblan y el corazón le late demasiado fuerte.

SILVIA (Mirando en torno suyo.) Es extraño: parece más grande...

FRANCIS. ¿Qué cosa?

SILVIA La estancia. No parece la misma... (Mira a su alrededor con el aspecto de quien respira un aire insólito. Un intervalo de silencio.)

FRANCIS. (Vigilante.) ¿Has cerrado la puerta?

SILVIA Sí, la he cerrado.

FRANCIS. ¿Se sentirá abrir?

SILVIA ¿Tienes miedo? No es hora. Dentro de unos minutos te irás.

FRANCIS. ¿Dónde?

SILVIA ¿Quieres esperarme en el carruaje, o en la calle?

FRANCIS. No, es imposible... Quiero permanecer aquí, estaré a tu lado... ¡Si pudiese esconderme!

SILVIA ¿Esconderte aquí? No... Es preciso que yo esté sola.

FRANCIS. ¡Ten piedad de mí! Moriré de angustia.

SILVIA ¡Atiende! Aquí debe de haber una salida secreta. (Siguiendo el recuerdo, va hacia el muro donde está la salida disimulada; la busca, la encuentra y abre. Una onda de luz la viste.) ¿Ves? Se pasa de aquí a la otra habitación de los modelos, después está el corredor, y en el fondo de él hay una puerta que da sobre el Mugnone. ¿Quieres pasar aquí?

FRANCIS. Sí. Mas deja que permanezca en la habitación o en el corredor, esperando. Aguardaré hasta que tú me llames.

SILVIA ¿Me das palabra de no subir hasta que te llame?

FRANCIS. Sí, te lo prometo.

SILVIA No tengas miedo. ¿Ves? Ya entra el sol por las vidrieras. (Las dos miran por la salida entreabierta. Una claridad intensa ilumina sus figuras. Una estria luminosa se alarga sobre el pavimento.)

- FRANCIS. ¡No llueve ya! ¡Mira cuánta primavera sobre el dique!
- SILVIA Vé a esperarme allá, al dique, al aire libre. Vé.
- FRANCIS. Hay un pobre caballo enfermo con las rodillas en el agua y las golondrinas pasan rozándole... ¿Ves? Pienso una cosa. (Se vuelve súbitamente hacia dentro, espionando entre los pliegues inmóviles de la cortina.)
- SILVIA ¿Qué hay?
- FRANCIS. Me parece haber sentido... (Ambas escuchan ávidamente.)
- SILVIA No, te engañas. Es aún temprano. Y además, la puerta de la escalera hace un gran ruido al abrirse... ¿No lo sentiste antes? Los muros temblaban.
- FRANCIS. (Implorando.) ¡Silvia!
- SILVIA ¿Qué hay ahora?
- FRANCIS. Escúchame. Estás aún a tiempo. Vente a la calle, al menos por hoy. Haz una prueba sólo. Ella sabrá que tú has estado aquí. Hablaremos de nuevo con el portero. Tú debías antes dejarte alguna cosa, olvidarte un guante, por ejemplo... Ella comprenderá y no volverá más.
- SILVIA ¿Bastaría un guante? ¡Ah, qué fácil es todo para tu corazón! (Mira nuevamente a su alrededor con una secreta desesperación.) No hay aquí nada mío. (La hermana permanece junto a la salida entreabierto. La figura es iluminada por la mitad del vivo reflejo solar. Silvia da algunos pasos en la estancia.) Un intervalo de silencio.) Todo parece más grande, más alto, más oscuro.
- FRANCIS. Es la sombra que te engaña. Hay poca luz. Sería preciso descorder la cortina de la lumbreira.
- SILVIA No; mejor se está así. (Continúa mirando por todos los rincones, como buscando algo.) Dime... (La emoción le trunca la voz.) Aquella tarde te fueron a llamar y tú viniste. Tú entraste aquí a primera hora... (Vacila.) ¿Dónde fué? ¿Tú recuerdas en qué sitio?

- FRANCIS. Allá, en el estudio, bajo la estatua... ¡Ah, no, no vayas! (Silvia se dirige hacia la cortina roja que pende entre las dos Victorias. A sus piés, como una línea divisoria, se alarga la sutil zona de sol.)
- SILVIA (Conmovida.) La estatua está allá.
- FRANCIS. ¡No vayas! (Silvia permanece, durante algunos instantes, muda e inmóvil delante de la cortina cerrada, de la cual la separa la zona luciente.) ¡No entres! ¡No entres! (Silvia da un paso más allá de los rayos, casi con impetu, como para destruir un obstáculo; con un gesto rápido levanta uno de los extremos de la cortina, se insinúa entre los pliegues y desaparece. La cortina se vuelve a cerrar tras ella, muda y grave. Algunos momentos de silencio en los cuales no se oye más que la respiración angustiada de la hermana. De improviso, entre el profundo color de púrpura, reaparece la faz palidísima de la heroína, que parece irradiar la lumbre de la obra soberana. También sus manos desnudas, que separan las cortinas, parecen resplandecer sobre el color oscuro. Los ojos permanecen, en tanto, alargados por la maravilla, deslumbrados no por una visión de muerte, sino por una imagen de vida perfecta. Tiembla en las órbitas la dirección de una onda saliente. Dos maravillosas lágrimas se forman poco a poco en el extremo, brillan y surcan las mejillas. Antes de que lleguen a la boca, ella las arrastra con los dedos, las difunde sobre el rostro, como para lavarlo con un rocío lustral; porque más que el recuerdo de la trágica acción humana, le ha conmovido la aparición de la obra bella, inmensa y sola. Ha recibido el beneficio sumo de la Belleza: la tregua de su angustia, la pausa de sus temores. El fulgor sublime de la alegría ha atravesado su alma curándola, durante algunos instantes, haciéndola cristalina como las lágrimas. Sus lágrimas son la ofrenda ardiente y muda de su alma a la obra maestra.)
- FRANCIS. ¡Silvia, Silvia, tú lloras!
- SILVIA (Conmovida, con el signo del silencio.) ¡Calla! (Se destaca entre las cortinas e interroga ávidamente.) ¿Tú la has visto? ¿La has visto?
- FRANCIS. (Trémula de sobresalto.) ¿A quién? ¿Ella? ¿Está ella allá?

- SILVIA No: la estatua... (La hermana asiente con la cabeza. Ella hace un gesto que expresa su deslumbramiento. Se oye el rumor de una puerta que se abre con estrépido. Las dos se sobresaltan.) Ya está ahí: ¡Vete! ¡Vete!
- FRANCIS. (Tendiéndole los brazos, en su última imploración angustiosa.) ¡Oh, hermana mía!
- SILVIA (Recuperando su energía primitiva.) ¡Vete! ¡No temas! (Empuja a la hermana por la abertura, cerrando después la entrada. La zona del sol desaparece. La estancia vuelve a hundirse en una sombra igual.)

ESCENA II

SILVIA SETTALA se queda de pie, con el rostro vuelto hacia la puerta. La mirada fija y casi rígida en la expectación. En medio del más alto silencio se oye distintamente el ruido de la llave al abrir la puerta. La que espera no cambia de actitud. Una mano levanta el portier. Entra GIOCONDA DIANTI, volviendo a cerrar la puerta tras sí. Al principio ella no logra distinguir a su adversaria, porque viene de la luz a la sombra, y un velo denso, además, le oculta todo el rostro. Cuando la contempla, se detiene con un grito sofocado. Ambas permanecen, durante algunos instantes, la una frente a la otra, sin hablar.

- SILVIA (Con el acento firme y claro, mas lleno de resentimiento y de amenaza.) Yo soy Silvia Settala. (La rival calla, siempre velada. Una pausa.) ¿Vos?
- GIOCONDA (Con voz baja.) ¿No lo sabéis, señora?
- SILVIA (Conteniéndose siempre.) Sé solamente que habéis entrado aquí como en un lugar que fuera vuestro. Me encontráis segura como en mi casa. Una de las dos usurpa, pues, el derecho de la otra: una de las dos es una intrusa. ¿Cuál? (Una pausa.) ¿Yo, quizás?
- GIOCONDA (Siempre encerrada en el velo y en voz baja, como para atenuar su audacia.) ¡Quizás! (Silvia Settala se queda más pálida y vacila un poco, como quien ha recibido un golpe profundo.)
- SILVIA (Revolviéndose, vibrante de indignación.) ¡Bien!

Hay una infame mujer que ha atraído a un hombre a sus redes con las peores fisonjías; que lo ha arrancado a la paz de la familia, a la nobleza del Arte, a la gentileza de un sueño que él ha nutrido durante años enteros con la flor de su fuerza; que lo ha envuelto en un delirio tórrido y violento, donde él ha perdido todo sentimiento de bondad y de justicia; que le ha hecho sufrir los tormentos más agudos que pudo jamás inventar la crueldad de un carnicero enfermo de tedio; que lo ha dejado exhausto y árido, encendiendo de continuo en sus venas una fiebre perversa; que le ha hecho intolerable la vida; que le ha armado la mano, impulsándolo al suicidio; que, finalmente, cuando ha sabido que estaba moribundo durante días y días sobre un lecho lejano, en torno del cual se sostenía una lucha sin treguas contra la muerte, no ha tenido ni remordimiento, ni piedad, ni vergüenza, y ha vuelto al mismo lugar siniestro antes que la sangre aun fuese lavada, meditando recobrar su presa, esperándola de nuevo en acecho, calculando uno a uno los efectos de su temeridad y de su tenacidad, prometiéndose el placer de una nueva ruina. La mujer que ha hecho esto, ha dicho: «Una fuerte y noble vida florecía libremente en el mundo, mas yo la he arrancado, la he plegado, la he tirado por tierra, tronchándola después de un solo golpe. Creía haberla destruido para siempre. ¡Y he aquí que de nuevo germina, se renueva, se realza y puede florecer! ¡Y en torno de ella las heridas se cierran, los dolores se calman, la esperanza resurge, y puede otra vez sonreír la alegría! ¿Me habré yo equivocado? ¿Puedo tolerar este engaño? No. Yo reco-

menzaré, me valdré de todos los medios, de todas las resistencias, seré implacable.» La mujer que se ha prometido esto a sí misma, ha empuñado su voluntad como un escudo, y está pronta a vibrar los nuevos golpes sonriendo. ¿La conocéis? Ella ha entrado aquí con el rostro cubierto, ha hablado con una voz sorda, ha proferido antes una palabra helada, calculando siempre, pues, toda su audacia. ¿La conocéis?

GIOCONDA Aquella que yo conozco es distinta. Solamente porque está triste delante de vos, habla en voz baja. Respeta el grande y doloroso amor que os hace vivir; admira la virtud que os levanta. Mientras hablabais comprendía bien que, solamente para consolar una indecible desesperación, vuestras palabras figuraban una imagen tan distinta de la verdadera. No hay nada implacable en ella; mas ella misma obedece a una potencia que puede ser implacable.

SILVIA (Amarga y altanera.) Sé que sois experta en todos los lenguajes.

GIOCONDA ¿Quién juega con esta dureza? Vuestras primeras palabras tenían otro sonido: y parecía, cuando me hicisteis una pregunta, que queríais solamente saber la verdad.

SILVIA. ¿Y cuál es, pues, vuestra verdad?

GIOCONDA La verdad que vale, delante de nosotras, es una sola: verdad de amor. Lo sabéis. Mas temo heriros.

SILVIA No temáis herirme.

GIOCONDA La mujer a quien hicisteis tantas acusaciones fué ardientemente amada—y sufrir que yo os lo diga—con un glorioso amor. Ella no aplastó, sino exalzó una vida fuerte. Y como las últimas voces que oyó, pocas horas antes de que se cumpliese el acto terrible, fueron de

amor, ella cree ser aún amada. Esta es la verdad que vale.

SILVIA (Perdidamente.) Se engaña, se engaña... ¡Os engañáis! ¡El no os ama ya, él no os ama ya! Acaso no os amó nunca. No fué amor el suyo, fué una intoxicación, una servidumbre atroz, demencia y locura. Cuando él sufría sobre la almohada, el recuerdo le pasaba de vez en cuando ante los ojos como un relámpago de terror. ¡Llorando a mis pies, ha bendecido la sangre que sirvió para rescatarle!... ¡No os ama, no os ama!

GIOCONDA Vuestro amor grita como un naufrago.
SILVIA ¡No os ama! Habéis sido para él como una argolla, le habéis vuelto loco, le habéis lanzado a la muerte...

GIOCONDA Yo no, yo no le he lanzado a la muerte: fuísteis vos misma. Sí, por librarse de un vínculo ha querido morir, mas no de aquel que le ligaba a mí, de otro, del vuestro, de aquel que le imponía vuestra virtud o vuestra ley y que le hacía sufrir intolerablemente.

SILVIA ¡Ah, no hay nada que no oséis envolver! De él, de su boca, en una hora en la cual toda su alma se había alzado a la luz, yo he oído:—¡Si la violencia ha servido para acabar un juego, bendita sea!—De él yo lo he oído, cuando toda su alma se volvía abrir a la verdad.

GIOCONDA Mas aquí, pocas horas antes de que cediese al horrible pensamiento, aquí—todas estas cosas son testigos—él me habló las más dulces y ardientes palabras que tuvo en su amor; aquí me llamó también más de una vez vida de su vida; me dijo también otra vez su sueño de olvido, de libertad, de Arte, de alegría. Aquí me dijo lo terrible de sus vínculos, el peso inevitable de la bondad, más cruel que ningún otro, y el horror del su-

plicio cotidiano, y la repugnancia a volver a la casa del silencio y de las lágrimas, repugnancia que llegó a hacersele invencible...

SILVIA ¡No, no, mentís!

GIOCONDA Por huir de aquella angustia, una tarde, en que todo él parecía más triste y más silencioso, intentó buscar la muerte...

SILVIA ¡Mentís, mentís! Yo estaba lejos.

GIOCONDA ¡Y me acusáis de haberle infligido un sufrimiento infame, de haber sido su verdugo! ¡Ah, vuestras manos solamente, vuestras manos de bondad y de perdón, le preparaban todas las tardes un lecho de espinas donde no quiso descansar ya más! Cuando entraba aquí, donde yo le atendía como se atiende a un Dios que crea, se transfiguraba. Recobraba delante de su obra la fuerza, la alegría, la fe. Sí, una fiebre continua le abrasaba la sangre, y yo era quien mantenía esa llama siempre encendida—; y esto es mi orgullo!—mas al influjo de esa fiebre él ha creado su obra maestra. (Indica con el gesto la estatua que la cortina esconde.)

SILVIA No es la primera; no será la última.

GIOCONDA Ciertamente, no será la última; porque otra está ya pronta a dejar su envoltura de greda; otra ha palpitado ya bajo su pulgar animador; otra hay ya, semiviva, esperando de un momento a otro que el milagro del arte la saque totalmente a la luz. ¡Ah, vos no podéis comprender esta impaciencia de la materia a la cual fué prometido el don de la vida perfecta! (Silvia Settala se vuelve hacia la cortina, da algún paso, lentamente, con la apariencia de un acto involuntario, cual si obedeciese a una atracción misteriosa.) ¡Está allá, la greda está allá! Aquel primer rasgo que él le había infundido, yo lo he conservado día por día, como se baña el surco donde hay simiente pro-

funda. No lo he dejado perecer. La impresión allá está, intacta. El último toque que le imprimió su mano febril en la última hora, allá está visible, enérgico y fresco, como de ayer; tan potente, que mi esperanza, en medio del frenesí del dolor, se fijó en él como en un augurio de vida y me dió fuerzas. (Silvia Settala se coloca delante de la cortina, como antes, y permanece muda e inmóvil.) Sí, es verdad. ¡Vos, entretanto, estabais a la cabecera del moribundo, metida en una lucha sin treguas para arrancarlo a la muerte, y por ello fuisteis envidiada, y por ello seréis bendita eternamente! Vos teníais la lucha, la agitación, el esfuerzo; teníais que cumplir alguna cosa que os parecía sobrehumana y que os embriagaba de júbilo. Yo, bajo la maldición, en la distancia y en la soledad, no podía sino recoger y estrujar—con toda la voluntad contraída—mi dolor en un voto. Mi fe era parecida a la vuestra; se coligó también con la vuestra en contra de la muerte. La última chispa que brotó de su genio, del fuego divino que hay en él, yo no la he dejado extinguir, yo la he tenido siempre viva, con una vigilancia religiosa e interminable... ¿Quién puede decir, al fin, dónde se ha juntado la fuerza preservadora de tal voto? (Silvia Settala intenta volverse con violencia para responderle, mas se detiene.) Lo sé, lo sé. Es bien sencillo y fácil lo que yo he hecho, lo sé; no es un esfuerzo heroico, es un humilde trabajo manual. Mas no es el hecho lo que importa. Lo que importa es el espíritu con que el hecho se cumple; lo que importa es el fervor. Nada hay más sagrado que la obra que empieza a vivir. Si el sentimiento con el cual yo la he custodiado puede revelarse a vuestro ánimo, ¡andar y mirar-

la ! Para la obra destinada a vivir, es necesario mi presencia visible. Reconociendo esta necesidad, comprenderéis como yo, al responder a vuestra pregunta con un *quizás*, he querido respetar lo que podría ser duda en vos, y en mí es certidumbre. No podéis sentirnos aquí segura como en vuestra casa. Esta no es una casa. Los afectos familiares no tienen aquí su asiento ni la virtud doméstica sagrario. Este es un sitio fuera de las leyes y de los derechos comunes. Aquí un escultor hace sus estatuas. El está solo con los instrumentos de su arte. Ahora, yo no soy más que uno de esos instrumentos. La Naturaleza me ha mandado hacia él para traerle un mensaje y para servirle. Obedezco: le espero para servirle aún. Si él ahora entrase, podría continuar la obra interrumpida: la obra que había empezado ya a vivir bajo sus dedos. ¡Andar y mirar! (Silvia Settala permanece junto a la cortina, sin avanzar. Un temblor cada vez más creciente agita toda su figura, indicio de una gran emoción interior, mientras las palabras de la rival se hacen cada vez más prontas y estridentes, terminando al fin límpidas y hostiles. De improviso se revuelve, impetuosa, resuelta a las defensas extremas.)

¡No! Es inútil. Son demasiado hábiles vuestras palabras. Sois experta en todos los lenguajes. Transfiguráis en un acto de amor y de fe lo que no es sino una cobardía y una insidia. La obra interrumpida debió perderse. La misma mano que ha impreso en la grèda el signo de la vida, empuñó el arma y la volvió contra su corazón. El no dudó en colocar entre sí y su obra el más oscuro de los abismos. La muerte ha pasado por él y ha roto todos los vínculos. Lo que fué interrumpido se perderá. Ahora él renace, es un hombre nuevo, aspira a otras conquis-

SILVIA

tas. En sus ojos se ha hecho una nueva luz; su fuerza está impaciente por crear otras formas. Todo lo que está dentro de él, todo aquello que vive más allá de las sombras no tiene ya poder ni precio alguno. ¿Qué le importa que una vieja arcilla caiga deshecha en polvo? La ha olvidado. Encontrará otra más reciente para infundirle el soplo de su renacimiento, para modelarla a imagen de la idea que hoy le inflama. ¡Qué importa la vieja arcilla! ¿Cómo podéis mostraros convencida de que sois necesaria a su arte? Nadie es necesario al hombre que crea. Todo converge en él. Decís que la Naturaleza os ha mandado hasta él para traerle un mensaje. Bien; él lo ha escuchado, lo ha comprendido y ha contestado con una expresión sublime. ¿Qué otra cosa podía esperar de vos? ¿Qué podíais darle más? No está concedido tocar dos veces al mismo vértice, cumplir dos veces el mismo prodigio. Vos habéis quedado allá, en la sombra, lejana y sola, sobre la vieja tierra. El va ahora hacia las tierras nuevas, donde recibirá otros mensajes. La fuerza es siempre virgen, y la belleza del mundo es infinita. (Gioconda Danti, descompuesta por aquel inesperado impetu que la destroza, toma una actitud más acre, exaltada en su orgullo, asumiendo un aire de desafío.)

GIOCONDA

Yo estoy, viva y presente; él ha encontrado en mí un aspecto, y me embriagan aún sus palabras, diciendo, al verme entrar todas las mañanas, que era siempre una y diversa. Hasta ayer, ciertamente, él ha ignorado mi espera; y su ignorancia pudiera ilusionarme. Mas hoy lo sabe. ¿Comprendéis? El sabe que yo estoy aquí, que le espero. Estas manos han escrito una carta, una carta que ha llegado a sus manos y que él ha leído. Y

yo estoy segura—¿comprendéis?—yo estoy segura de que vendrá. Quizás esté ya en camino; quizás se acerque ya a la puerta. ¿Queréis que le esperemos? (Una extraordinaria mutación altera el rostro de Silvia Settala. Parece que alguna cosa insólita y terrible acontece dentro de sí. Está como quien de pronto se siente cogida por una tromba y se retuerce en la fascinación repentina, perdidamente. La fatalidad antigua de la mentira asalta de improviso el alma de la mujer pura, la vence y la contamina. A las últimas palabras de la enemiga, rompe en una risa inesperada, atroz, amarga, provocadora, que la hace irreconocible. Gioconda Dian-ti se queda estupefacta.)

SILVIA ¡Basta, basta! Demasiadas palabras. El juego ha durado ya demasiado. ¡Oh, vuestra seguridad, vuestro orgullo! ¿Mas cómo habéis podido creer que yo hubiese venido aquí, a cerraros la puerta, a vedaros el paso, a ponerme delante de vuestra audacia, sin que una seguridad más grande que la vuestra no me hubiese traído? Conozco vuestra carta de esta mañana; me fué mostrada no sé si con más estupor que disgusto.

GIOCONDA (Estupefacta.) No es posible, no es posible.

SILVIA Así, así es. La respuesta, yo os la traigo. Lucio Settala ha perdido la memoria de lo que fué y pide se le deje en paz. Espera que vuestro orgullo os impedirá importunarle.

GIOCONDA (Fuera de sí.) ¿Él os manda? ¿Él mismo? ¿Es su respuesta? ¿La suya?

SILVIA La suya, la suya. Os habríais ahorrado esta dureza si no me hubierais irritado. ¿Queréis ahora salir?

GIOCONDA (Con la voz ronca de cólera y de rabia.) ¿Soy arrojada? (El dolor la sofoca y le da un frenesí gallardo. Parece que se despierta en ella la fiera vindicativa y devastadora. Por su cuerpo flexible y poderoso pasa aquella fuerza misma que contrae las musculaturas vertebrales de los felinos en acecho. El velo que ha tenido siempre

sobre el rostro como una máscara tosca, hace más formidable la actitud de la persona, pronta a herir de cualquier modo y con cualquier arma.) ¿Arrojada? (Silvia Settala está convulsa y livida delante de la mujer furibunda, y no es que la espante el espectáculo de aquel furor, es que mira dentro de sí alguna cosa horrible e irreparable: la mentira.) ¡Ah, a esto lo habéis conducido! ¿Y de qué modo? ¿De qué modo? ¿Vendándole el alma como la herida? ¿Medicinandósele con vuestras manos suaves? El se ha deshecho; él ha acabado; es un cero inútil. Comprendo; ahora comprendo. ¡Pobre de él! ¡Pobre de él! ¿Por qué no ha muerto antes de sobrevivir a su alma? El ha acabado también; es un pobre mentecato que conduciréis de la mano por los caminos solitarios. Todo está destruido; todo se ha perdido. Su frente no se alzará más, ni sus ojos se abrirán.

SILVIA (Interrumpiéndola.) ¡Callar, callar! El vive y es fuerte y nunca tuvo tanta luz. ¡Dios sea bendito!

GIOCONDA No es verdad. Yo era su fuerza, su juventud, su luz. ¡Decírselo, decírselo! Él se ha trocado en un viejo; desde hoy es viejo, es débil, no tiene alma. Yo me llevo conmigo; decírselo!; todo cuanto habla en él de más libre, de más ardiente y de más fiero. La sangre que vertió allá, bajo mi estatua, fué la última sangre de su juventud. Aquella que le habéis metido dentro del corazón es débil y vil. ¡Decírselo! Yo me llevo conmigo, hoy, todo aquello que fué su potencia y su orgullo y su alegría y su todo. El ha acabado. ¡Decírselo! (El furor la ciega y la sofoca. Parece que está poseída de una gran voluntad destructiva, como de un demonio. Todo su ser siente la necesidad de cometer un acto inmediato de destrucción. Un pensamiento súbito precipita aquel instinto hacia un objeto determinado.) Y aquella estatua que

es mía, que me pertenece, que está hecha con la vida que ha salido de mí, gota a gota, esa estatua que es mía... (Se lanza con un salto de fiera hacia la cortina caída; la levanta y pasa.) Bien, yo la despedazaré, la destruiré... (Silvia Settala da un grito y corre para impedir el crimen. Ambas se juntan detrás de la cortina. Se oye el aliento de una breve lucha.)

SILVIA No, no... ¡No es verdad! ¡No es verdad! He mentido. (Entre estas palabras el ruido de una masa que se inclina y cae, al cual sigue un nuevo y profundo grito de Silvia.)

ESCENA III

FRANCISCA DONI entra, llena de terror, corriendo hacia aquel grito que reconoce, mientras GIOCONDA DIANTI aparece entre los pliegues de la cortina, con actitud de quien ha matado y busca la huida.

FRANCIS. ¡Asesina! ¡Asesina! (Se lanza a socorrer a la hermana mientras la otra huye.) ¡Silvia, Silvia, hermana mía! ¡Hermana mía! ¿Qué te ha hecho? ¿Qué te ha hecho? ¡Ah, las manos, las manos! (Su voz es de horror.)

SILVIA ¡Llévame fuera, llévame fuera!

FRANCIS. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Caíste debajo? ¡Dios mío! ¿Te ha golpeado? ¡Agua, agua! No hay nada por aquí... Espera.

SILVIA ¡Ah, qué desmayo! Muero... muero...
Llévame fuera... (Aparece, saliendo entre los pliegues de la cortina, con el rostro demudado, mientras la hermana le sostiene las dos manos envueltas en un pedazo de tela húmeda y sangrienta.) ¡Qué desmayo! (Cuando está para desfallecer, aparece en la estancia Lucio Settala como un desesperado. Silvia clava en él sus grandes ojos, llorosos, donde muere el alma desesperada.) ¡Tú, tú, tú...!

FRANCIS. (Sosteniendo siempre las dos pobres manos golpeadas,

que llenan de sangre la tela.) ¡Sosténla! ¡Sosténla! Ahora cae. (Lucio Settala socorre en sus brazos a la dulce criatura sangrienta, que se desmaya, no sin dirigir antes su mirada hacia la cortina, como si mirase a la estatua.)

SILVIA (Con la voz muriente.) ¡Está... salvada...!

FIN DEL ACTO TERCERO